

ria, que recordaba la del P. Padial. Fuera de casa aparecía siempre visitando las cárceles y hospitales, asistiendo a los moribundos, repartiendo a los pobres las limosnas que le daban los ricos, predicando la palabra de Dios en pláticas sencillas al alcance de los más rudos y dando los Ejercicios de San Ignacio a corporaciones eclesiásticas o a comunidades religiosas, que aprovecharon admirablemente en el espíritu bajo la dirección del Padre Santiago. No poseía esas dotes oratorias que deslumbran y arrebatan. Jamás predicó sermones de aparato. Su elocuencia era la explicación sencilla del catequista, la exhortación paternal de quien compadece y no de quien increpa a los pecadores. Con este método sencillo de expresión convirtió a muchas almas que habían resistido a las fogosas predicaciones de otros.

Lo que más saludable impresión hacía en las gentes era la modestia, humildad y pobreza religiosa que se mostraba en la persona del P. Santiago. Los que le veían barrer la puerta de la iglesia, quitar el polvo de los altares y servir al Hermano sacristán, como si fuera un criado suyo; los que le encontraban en los hospitales consolando a los enfermos y compartiendo las faenas de los enfermeros; los que le hallaban enseñando el catecismo a los mendigos y a la gente abandonada de la sociedad; los que se fijaban en el aspecto sencillo y angelical de su persona, no podían menos de adivinar la eminente virtud que en ella se encerraba y sentíanse íntimamente movidos a escuchar con veneración sus palabras. Sólo Dios puede saber el número de almas a quienes oyó en confesión el P. Santiago, pues el oficio de confesor fué el que ejercitó con más asiduidad los cuarenta y tres años que vivió de operario en el colegio de Córdoba. En épocas determinadas del año salía a dar misiones por los pueblos de la comarca, siguiendo la costumbre tan generalizada en los colegios de la antigua Compañía.

Al fin de su vida le visitó Dios con algunos achaques molestos, que durante siete años ejercitaron mucho su paciencia. Con todo eso no cesó de trabajar. Arrastrándose como podía, bajaba al confesonario y acudía a dar los Ejercicios a las comunidades que lo solicitaban. En el mes de Noviembre de 1762 dió por última vez este santo retiro al Real Cabildo de San Hipólito y al Ilustrísimo de la Santa Iglesia Catedral. Algo trabajó todavía en la novena de la Inmaculada Concepción, pero hubo de rendirse a la cama postrado por una fuerte calentura. Pronto se conoció

que el mal no tenía remedio. El día 21 de Diciembre le visitó y consoló con su bendición el Sr. Obispo de Córdoba, D. Martín de Barcia, y por fin el día de Navidad de 1762, entre tiernos coloquios con el Niño Jesús, expiró plácidamente el P. Juan de Santiago (1).

No fué poco lo que trabajó este insigne varón en las misiones rurales, pero le excedió sin duda en este ministerio el P. Ignacio Güell, de la Provincia de Aragón. Había nacido en Barcelona el año 1691, y cuando empezó la guerra de Sucesión sus padres se trasladaron con él a Mallorca, para evitar los horrores de aquella lucha fratricida. En el pacífico retiro de aquella isla continuó el joven Ignacio la carrera de sus estudios, hasta que en 1717 pidió ser admitido en la Compañía. Recibido sin dificultad, fué enviado al noviciado de Tarragona, donde dió excelentes pruebas de su virtud religiosa. Luego que hizo los votos del bienio, pasó al colegio de Barcelona, para completar lo que le faltaba del curso de teología, que ya en parte había estudiado siendo seglar en Mallorca. Cuando terminó el curso teológico, fué ordenado de sacerdote y luego enseñó gramática un año en el mismo colegio de Barcelona. Después le volvieron al noviciado de Tarragona, para que hiciese la tercera probación. Cuando la hubo concluido, le dedicaron los superiores de nuevo a las tareas de la enseñanza, primero en las cátedras de letras humanas y después en la de teología.

Ya llevaba algunos años regentando en Barcelona la cátedra de ciencia sagrada, cuando en 1739, hablando con los Padres en reereo el P. Guim, Provincial de Aragón, manifestó sencillamente la escasez de misioneros que se sentía en aquella Provincia. Al instante el P. Güell se ofreció a dejar la cátedra para dedicarse a los trabajos apostólicos. Fué admitida su oferta por el Provincial, y desde entonces en los diez y ocho años que le duró la vida no cesó un punto el P. Güell en el fervor de sus trabajos apostólicos. Residía habitualmente en el colegio de Barcelona y desde allí salía a hacer sus excursiones por los pueblos

(1) Las precedentes noticias sobre el P. Santiago las debemos a la extensa carta necrológica que escribió el P. Vicente Morales, Rector del colegio de Córdoba en 1762. De ella hizo un extracto el P. Diego Navarro y lo imprimió en 1920 con este título: *El P. Juan de Santiago, de la Compañía de Jesús; compendio de su vida y virtudes, por Diego Navarro, sacerdote de la misma Compañía.* Córdoba, 1920.

más abandonados de la comarca. Por de pronto santificó casi todos los pueblos pequeños de la diócesis barcinonense; pero hacia frecuentes correrías espirituales por las aldeas situadas en los barrancos y quebradas de los Pirineos. Parece que le atraían las almas a quienes veía alejadas de las grandes poblaciones y despojadas de los medios de santificación que se logran en los centros del pueblo cristiano. Aunque tenía dos hernias que le ocasionaban las molestias que se dejan entender, el P. Güell subía y bajaba a pie por las cuestas de los Pirineos y no dejaba de visitar ningún rincón de aquellos montes, donde esperase santificar algún alma.

Era infatigable en oír confesiones y algunas veces le observaron que pasó enteramente en ayunas desde antes de amanecer hasta las cuatro de la tarde oyendo confesiones de los labriegos. Con esta fatiga más que regular de las misiones rurales juntaba una austeridad de vida que pudo parecer indiscreta. No consentía jamás que le hiciesen fuego en el aposento, y eso que en aquellas regiones pirenaicas el rigor del frío se hacía sentir terriblemente en ciertas ocasiones. Esta severidad le puso tal vez en peligro de la vida; pues le sacaron del confesonario todo entumecido y casi helado, por haber estado largo tiempo oyendo confesiones en una iglesia mezquina, cuyas ventanas estaban abiertas a los cuatro vientos. Con un tenor de vida tan fervoroso y austero, el P. Ignacio Güell, dentro de casa ejemplo de humildad y obediencia religiosa, fuera de casa modelo de actividad apostólica, llegó a los sesenta y seis años de edad, cuando de pronto le sobrevino su fin en el ejercicio mismo del celo apostólico. Su muerte se pareció en algo a la de San Francisco de Regis. Hallábase dando una fervorosa misión en Castellet en el rigor del invierno, cuando se sintió acometido de aguda enfermedad. Pronto se conoció que el mal no tenía remedio. Avisado de su peligro, recibió con extraordinaria piedad los sacramentos de la Iglesia, y con la paz sobrenatural del justo entregó su alma a Dios el 27 de Diciembre de 1757. Tenía cuarenta años de vida religiosa y diez y ocho de misionero (1).

(1) Estas noticias sobre el P. Güell las hemos tomado de su carta de defunción, escrita por el P. Miguel de Sabater y fechada en Lérida a 30 de Abril de 1758. Véase un ejemplar impreso en Granada. Bibl. de la Universidad, *Varias cartas...*, t. VI.

Mucho más célebre que los anteriores fué en nuestra historia el P. Pedro de Calatayud. Al oír este nombre luego asalta a la imaginación la figura del gran misionero, que por más de cuarenta años ejerció su celo en casi todas las regiones de nuestra Península con un éxito sin igual en todo el siglo XVIII. Aquí le citamos como ejemplo de hombre virtuoso, pues ilustró a la Compañía con su vida observante y practicó heroicas virtudes religiosas en medio de la más variada actividad apostólica que entonces se podía ejercitar. Nacido en Tafalla (Navarra) el año 1689, el P. Calatayud, después de haber estudiado algunos años en su ciudad natal, en Pamplona y en Alcalá, vino a entrar en la Compañía el 31 de Octubre de 1710. Ya en el noviciado, dió extraordinarias muestras de fervor y cometió algunas indiscreciones por exceso de penitencias, tanto que puso en peligro su salud y algunos médicos dijeron que no podría vivir mucho ni tolerar los trabajos que trae consigo la vida de la Compañía. Restablecido de su indisposición, hizo los votos del bienio y continuó en Palencia y Salamanca la carrera de los estudios. Después hablabamos de sus misiones. Ahora queremos mencionar brevemente sus virtudes.

La primera que debe atraer nuestra atención es la pureza de su alma. Según testificaron los Padres espirituales que le conocieron a fondo, el P. Calatayud no perdió jamás la inocencia bautismal. Entrado en la Compañía, se mostró siempre sumamente solícito de la vida interior. En medio de tantos caminos, de tan frecuentes mudanzas de domicilio, de tan variadas ocupaciones como le ofrecían sus trabajos apostólicos, nunca omitía sus ejercicios espirituales, siempre cumplía cuidadosamente con todas sus devociones y casi siempre daba a la oración más tiempo del ordinario, porque tenía la cualidad, o por naturaleza o por virtud, de dormir poco y nunca necesitaba más de cuatro horas de sueño.

El P. Juan Andrés Navarrete, que escribió la primera biografía del P. Calatayud (1), habiendo enumerado las buenas cualidades que poseía para ser un gran misionero, nos dice al fin que nada hacía en las gentes una impresión tan saludable como la santidad de la vida que resplandecía en este hombre. En sus

(1) *De Viris illustribus in Castella Veteri Soc. Jesu ingressis et in Italia extinctis libri II.* Bononiae, 1793.

viajes, cuando llegaba a pernoctar en un pueblo, lo primero que procuraba era asegurar el sitio y la hora en que podría decir misa al día siguiente. Celebraba el santo sacrificio con extraordinaria devoción. Al salir de casa para continuar su camino rezaba el itinerario, luego las letanías y las horas canónicas, y a continuación solía tener una hora de oración mental. Discurría después con su compañero sobre los proyectos de la próxima misión, y al acercarse el tiempo de medio día rezaba algunos salmos y preces de devoción, hacía el examen de conciencia y decía con su compañero las letanías de los santos. Por la tarde guardaba el mismo orden, alternando el rezo del oficio divino y de otras devociones con la conversación entretenida que alivia las fatigas del viaje. En llegando a la posada sacaba de su maleta el recado de escribir, que siempre llevaba consigo, y aprovechaba el tiempo libre en despachar su correspondencia o en escribir libros piadosos que dió a luz.

Era en él bastante ordinario el levantarse a las dos de la mañana y perseverar después algunas horas en oración. Esto lo hacía principalmente cuando era fatigado por las tentaciones de desaliento y amargura interior, que durante muchos años ejercitaron su paciencia. En tales casos, después de orar largo tiempo a solas con Dios, solía acudir a su Padre espiritual y le contaba sus penas interiores. El confesor de ordinario le mandaba desear aquellos pensamientos y decir la santa misa con mucha confianza en Dios. Obedecía el P. Calatayud, y con la virtud del sacramento y de la santa obediencia era otro hombre y trabajaba todo el día con el corazón dilatado y animoso.

Después de ejercitar cerca de medio siglo las virtudes apostólicas propias de un insigne misionero, hubo de sufrir el P. Calatayud el martirio que alcanzó a toda la Compañía en España el año 1767. En aquel destierro inhumano que Carlos III impuso a todos los jesuitas quisieron algunas personas ilustres detener al gran misionero ya casi octogenario, previendo las penalidades sin cuento que habrían de afligir al venerable anciano. Ni por un momento quiso oír el P. Calatayud la idea de quedarse en España. El amor a la Compañía, que le había animado siempre, se manifestó entonces más fervoroso que nunca. El gran maestro de apóstoles se convirtió en ejemplo de mártires, y con el heroísmo de su paciencia y la constancia de su fe animaba a sus compañeros de destierro en aquella vida de privaciones in-

decibles que no sabemos cómo pudo soportar cerca de seis años. Por Noviembre de 1772, hallándose en Bolonia con otros muchos Padres y Hermanos de la provincia de Castilla, se sintió de repente paralítico del lado derecho. Todos creyeron que se acercaba su última hora; pero todavía se prolongó penosamente su vida por más de tres meses. Al fin, auxiliado con los Sacramentos de la Iglesia y rodeado de sus hermanos, que lloraban de devoción, expiró santamente el P. Pedro Calatayud el 27 de Febrero de 1773, cinco meses antes de ser suprimida la Compañía. Debió serle dulce la muerte, pues todos entonces preveían el golpe mortal que iba a caer sobre su amada Madre (1).

No menos venerado que el P. Calatayud, y tal vez más amado por los jesuitas españoles fué el P. Francisco Javier Idiáquez, excelente maestro de novicios y modelo de superiores y Padres espirituales. Este insigne varón, hijo primogénito de los Duques de Granada de Ega, familia nobilísima, que había reunido en sí la descendencia de las tres familias de San Ignacio, San Francisco Javier y San Francisco de Borja, vino al mundo en Pamplona el 24 de Febrero de 1711. Sus padres, D. Antonio Idiáquez de Córdoba y D.<sup>a</sup> Isabel de Garro y Javier, le educaron en el santo temor de Dios y le buscaron un buen sacerdote que le enseñase las primeras letras y le industriase en las prácticas de la vida cristiana. Cuando tuvo edad competente le enviaron al colegio de nobles que la Compañía de Jesús dirigía en Burdeos. Allí pasó varios años, en los cuales se perfeccionó en las letras humanas y adquirió al mismo tiempo notable destreza en el uso de la lengua francesa.

Ya entonces sintió vocación a la Compañía, y comunicó su pensamiento con los jesuitas franceses. Como era natural, éstos le advirtieron que debía obtener licencia de sus padres y pedir su admisión en la Provincia de Castilla. No dejó de ofrecer dificultades el negocio. Sus padres, aunque tan sólidamente cristianos, sentían desprenderse de un hijo que, sobre ser primogénito, mostraba excelentes cualidades de virtud y carácter. Llamáronle de Burdeos y le enviaron a la corte de Madrid, donde empezó a figurar entre los nobles con el título de Vizconde de Zolina. Tenía

(1) Estos datos sobre las virtudes del P. Calatayud los hemos recogido de la citada biografía del P. Navarrete y de la más extensa que publicó el P. Rodeles, *Vida del célebre misionero P. Pedro Calatayud*. Madrid, 1882.

entonces diez y ocho años. Como en otro tiempo San Francisco de Borja, el joven Idiáquez se ganó las simpatías de toda la Corte y se perfeccionó en los estudios, sobre todo de letras humanas, sin contaminarse con ninguno de los vicios que asedian a la juventud en las grandes ciudades. Nadie le notó jamás algún deslíz que manchase su inocencia. Entretanto seguía rogando a sus padres que le permitiesen entrar en la Compañía. Vencidos por su importunidad, llamáronle a Pamplona y resolvieron examinar despacio la vocación de su hijo. Varias personas intervinieron en este negocio, pero puede decirse que lo decidió el P. Calatayud, que en el año 1731 daba misiones en Navarra. Con esta ocasión rogáronle los Duques de Granada que examinase atentamente la vocación de su hijo y les dijese con franqueza si era de Dios. El gran misionero interrogó varias veces al joven, sirvióse de él oportunamente para algunos ministerios de sus misiones y dijo a sus padres resueltamente que su hijo era llamado por Dios a la Compañía.

Cedieron entonces los Duques. Su primogénito renunció el estado en su hermano Ignacio, y en compañía del mismo P. Calatayud se encaminó al noviciado de Villagarcía. Entró religioso el 19 de Febrero de 1732. En el noviciado edificó a todos con los ejemplos de su humildad y obediencia, y emitidos los votos del bienio, repasó la filosofía en Medina y luego, por cuatro años, estudió la teología en Salamanca. El año 1741 fué ordenado de sacerdote, y cumplida la tercera probación, fué empleado en la enseñanza durante diez años. En 1752 empezó sus cargos de gobierno en que más se había de distinguir. Hiciéronle entonces rector del colegio de Burgos, y durante tres años que dirigió aquel colegio no sólo floreció en él la observancia regular, sino que mejoró notablemente su situación económica, gracias a la prudencia del P. Idiáquez. En 1755 empezaba a ser maestro de novicios en el noviciado de Villagarcía, cuando sobrevino la muerte del P. General, Ignacio Visconti. Entonces la Congregación provincial de Castilla nombró por uno de sus electores para la general al P. Idiáquez, y éste se puso en camino para Roma con sus dos compañeros. Desgraciadamente, enfermó en el camino y hubo de quedarse curando en el colegio de Turín.

A pesar de su ausencia fué elegido Asistente de España por la Congregación general XVIII. No deja de ser reparable esta elección hecha en un hombre de cuarenta y cuatro años y que no

había sido todavía Provincial. ¿Influiría en este nombramiento la nobleza de su familia, cuyo influjo en la Corte de España podía ser muy conveniente a la Compañía? Posible es, y por otra parte no cabe duda, que el mérito del P. Idiáquez era muy realzado a los ojos de los Nuestros por la circunstancia de considerarle próximo pariente de San Ignacio y San Francisco Javier. Repuesto de su enfermedad, salió de Turín y llegó prontamente a Roma antes de terminarse la Congregación general. Allí rogó a los Padres que le exonerasen del oficio de Asistente. No sabemos las razones que adujo; pero nos consta que fueron aprobadas por la Congregación, la cual nombró en seguida otro Padre para aquel oficio. Terminada aquella junta, el P. Idiáquez volvió tranquilamente a su rincón de Villagarcía.

Algunos años ejerció el oficio de maestro de novicios, y entonces escribió el precioso librito, llamado vulgarmente las *Prácticas de Villagarcía*, obra de sólida piedad y de sencilla devoción, con la cual suele la moderna Compañía educar a sus novicios en España. A principios de 1762 fué nombrado Rector del colegio de Salamanca y al entrar el año 1764 fué designado Provincial de Castilla. Angustioso fué su provincialato, empleado en gran parte en conjurar la tormenta que por todas partes descargaba en España sobre la Compañía, y que había de terminar con el famoso destierro de 1767. El P. Idiáquez entregó el gobierno de la provincia al P. Ignacio Osorio el 5 de Enero de aquel mismo año, y al instante enviado por su sucesor partió a Madrid para ver si podía hacer algo por la Compañía. Nada consiguió, y el 3 de Abril era arrastrado al destierro con todos sus hermanos. En Febrero de 1773 le impuso el P. Ricci de nuevo el cargo de Provincial, y esta vez parece que fué para enterrar, como quien dice, a la provincia de Castilla, pues a los cinco meses fué suprimida la Compañía. ¡Pobre Provincial, que en su primer provincialato vió desatarse la persecución en España, y en el segundo presenció la ruina de toda la Orden religiosa! Suprimida la Compañía, el P. Idiáquez vivió santamente en Bolonia hasta que le llegó la muerte, el año 1790.

Dulce y venerable memoria dejó entre los jesuitas españoles el P. Javier Idiáquez. La nobleza ilustre y en cierto modo santa de su familia, le ganaba la simpatía universal. La dignidad de su carácter siempre modesto y perfectamente equilibrado, la humildad religiosa que le inclinaba a servir a todos sus hermanos, la